



Photo by Steve Johnson on Unsplash

# C.

CRÓNICA

# Mis hermanos

VÍCTOR HURTADO

*Cuanto más va tomando  
con el libro porfía,  
tanto irá ganando  
buen saber toda vía [vida].*

Sem Tob (España, siglo XIV).

Para optimista, mi papá. Él fue un viejo maestro de escuela quien, a pesar de mi experiencia, murió creyendo que el que estudia triunfa. Mi padre me aconsejaba que leyera porque en los libros estaba todo; y, conforme uno crece y va pareciéndose a su padre, descubre que aquello es verdad: en los libros habitan lo real y lo imaginario, la verdad y las mentiras —la mayor de las cuales es el engaño necesario y portentoso de la literatura—. Leer un libro es desprender palabras del silencio. Uno hace sus lecturas y es hecho por ellas. Si uno fechase los libros que compra, con ellos podría recordar la historia de su vida pues toda biblioteca es una autobiografía. Algunos crecen consumidos por el alimento del leer; nadie les detuvo la descomedida pasión por saber más y la lectura se les volvió una forma del amor —“enfermedad que crece si es curada”, escribió el lector Francisco de Quevedo—.

Comprar libros es el hábito que hace al monje. El niño viene ingenuo y empieza comprando libros nuevos para cosechar su biblioteca, pero el dinero se va, y esto es lo malo de lo bueno. Por suerte, hay un instante en el que la cortesía del destino nos pone ante una reventa de libros. Entonces entramos en ese ámbito de polvo y sombras y los ojos se nos abren tanto que ya no nos caben en la sorpresa. No abandonaremos jamás esta aventura.

Se revenden libros porque las bibliotecas —como los árboles— deben podarse para que mejoren. Existe la tienda pulquerrima, de atento neón, que alinea los libros usados en estantes listos como para una revista militar ante el palacio de Buckingham; pero es demasiado limpia para quienes prefieren las que Paco Umbral llama “viejas tiendas

galdosianas”: maniguas de tierra y caos; pisos de maderos tristes (perdieron la cera como perdemos la infancia); estanterías perplejas de su verticalidad y que, igual que el Partenón, ignoran las líneas rectas: todo, palpado por una luz sombría, de oro viejo, que hace redoblar el tiempo que sestea en los libros.

Hay reventas concisas y pobres, donde no se sabe si se paga o se da limosna; y hay otras, formidables, bibliotecas magnas, como las catedrales de libros de la calle Donceles, en la capital de México. Suelen ser casas antiguas, de zaguanes enormes, que aún esperan que vuelva el fantasma de Jorge Negrete para que dé serenatas al espectro de Gloria Marín. Abrumado de libros, por sus pasillos estrechos, el curioso apasionado va de caza, tigre de papel, mientras quizá, en el fondo, la voz de Toña la Negra gire sobre el escenario de un disco que da vueltas como un brindis.

En toda reventa están los libros, obviamente: libros verticales; libros en cansancio diagonal; libros horizontales como puentes de otros libros como puentes; volúmenes pequeños que asaltan vacíos en un delirio barroco de dominar todo espacio; libros en doble fila, en triple fila, en un colosal derrumbe de pirámide maya; libros en cajas de cartón, abiertas cual fosas comunes en las que hijos zafios enterraron la biblioteca muerta del padre o de la madre incomprensidos.

Hay libros nuevos para nada, arbolitos de bonsái que nunca abrirán sus hojas. Se avergüenza aquí la novela que la crítica recibió con silencio comprensivo; es decir, cayó en el olvido porque tropezó con los críticos. Reluce el éxito de moda, de un autor tan llano que, si no sirve para ganar el Premio Planeta, no sirve para nada. Se enfría en su soledad el exéxito de exmoda —del instante al estante—: el volumen gordo, hamburguesado y fácil que tantos ingieren con el placer borrego de las comidas rápidas (el pecado incorpora el castigo ¡y todo por el mismo precio!). Debieron proclamarlo el libro más frívolo del mundo, pero nadie se lo tomó en serio. Lo leen personas de envidiable ingenuidad: quienes creen también que la justicia está en las leyes; la belleza, en el cuerpo, y la elegancia, en la ropa (está en la conversación).

Otros libros son tristes *vedettes* de los años cuarenta; no tienen secretos: se los abre, y cae un otoño de flores marchitas, boletos de ómnibus y fotos de un tiempo ya sepia. Algún libro antañón exhibe la dedicatoria autógrafa para un amor traicionero (o de buen gusto) que comprendió que la reventa mortal era el destino evidente de ese libro baldío —y después dicen que todo consiste en ponerle ganas al asunto—. También suele ocurrir esta pena: uno compra un libro nuevo; comienza a leerlo; pronto entiende que consiste en nada y que pasar las páginas es empeorar las cosas; al fin, lo cambia en una reventa por la ilusión de otro libro o por dinero (otra ilusión). Son avatares, reencarnaciones lectrices de un cándido lector.

Más allá se agita una extraña subespecie: el cursi ultraliterario. Nos cautiva su pasión por las ridiculeces trabajadas, tan esbeltas. ¿Que no escribe literatura? Claro es que sí: la escribe y más: hace superliteratura. Aunque desquiciado, el redicho cumple con la única condición que hace literario un texto: la presencia de figuras retóricas. Sin figuras, un escrito cae en estadística o en informe de la FAO. La metáfora puede ser buena o mala (cuestión de gustos), pero, donde hay metáfora, hay literatura, buena o mala (cuestión de gustos). El cursi tiene alma de brindis; las musas no lo tocaron con varitas mágicas: le dieron con fierros. El cursi ha enloquecido, profiere discursis, su lira delira y su texto es risible, mas es literario. El cursi ignora que no debemos publicar lo primero que se nos ocurra, sino lo último. Por la robustez de sus errores, el cursi tiene una salud de yerro. Bueno, hombre: ya sabemos que eres un genio, pero nunca escribas todo lo que se te ocurra y nunca publiques todo lo que escribas.

El ingenuo lector sigue hurgando y ve buenos libros de ensayos que se defienden solos mientras que algunas novelas —para sostenerse— requieren el guardaespaldas de un premio internacional. ¿Por qué será que el buen ensayo es el patito feo de la literatura a la vez que muchas novelas celebradas son tan gansas? En fin... Gozoso ya en el laberinto de los corredores, el crédulo lector llega a la habitación del fondo, cuarto menguante: cuando crezca será *closet*. Por aquí se apandillan libros de autodidactos incomprensibles, quienes (a su pesar) demuestran que con el autoaprendizaje no se juega. ¿Qué decir de otros libros, presentados en muy desconcurridos encuentros? Pasan los años, y ellos siguen, cacofónicos, estando en estantes, sin venderse y más fijos que un teorema. Felizmente, miles de años de espera confirman que la fama solo es cuestión de tiempo.

Vamos en plan nostalgia por entre hileras de estantes. De pronto, se bosteza a sí mismo el ensayista de pocas luces, y apagadas, sedentario para la aventura del trabajo intelectual. Celoso de su pensamiento, nadie le robó una idea; además, ¿cómo? Seguimos. Aquí está la obra minimagna de quien renunció a su trabajo para dedicarse por completo a la literatura (debemos conseguirle un empleo).

Vemos ahora un libro raro, cuyo editor nunca repuso para que se repusieran sus lectores. Cerca se ofrece la obra de un ardiente polemista, encariñado con sus insultos asaz insulsos y delincuente de la prosa que tomó la literatura por asalto; vibrante y altivo, mordaz y afrentoso, este es, en suma, un libro apasionado que nos deja indiferentes (otro caso de vencida prosa de combate).

Un viejo poemario brinda, más que las nieves del tiempo, la caspa del abandono: su autor ganó el quinto accésit de un tercer premio de unos marchitos juegos florales de barrio (algo es algo, y es que no se puede fracasar en todo). Nos lloran por ahí un

libro-bumerán (que los tontos escriben para demostrar que no lo son) y la obra de un hiperrealista que nunca sucumbe a la alegría; parece que ninguno de sus muchos días fue de pago (para él, *Los suicidas del fin del mundo* sería un libro de autoayuda). Si no fue así, que perdone esta calumnia.

Al voltearnos se extiende una edición de *Las mil y una noches*, esa otra comedia humana que Honoré de Balzac habría escrito si hubiese dispuesto de un poco más de eternidad y de café. Este otro autor era muy dado al monólogo interior, mas ya sabemos que el flujo de conciencia debería llevarse a ciertos novelistas. Claro es, algo similar puede decirse de otros géneros del arte, guardando las distancias. Dicho sea de paso, ha de ser enorme el lugar donde guardamos las distancias.

Sigamos. A la par nos salta el exhibicionista —precoz procaz— al que se le dio por el realismo sucio con descachalandre de estilo en hosca busca de gresca. Sus malas palabras no tienen perdón; las otras, tampoco. Social-sucista-lírico-hampesco, se perdió trotando por el mal camino; debería probar ir por el buen camino porque allí no hay gente; mas, sea por donde vaya, debería atropellarlo un auto-crítica. Tal nos hace recordar al autor de libros de vampiros, tan malos que su redactor no tiene sangre en la cara. Por cierto, los vampiros brindan con vasos sanguíneos.

¿Qué decir del subpoeta que, en aquel otro libro, comenta sus versos delincuentes? El mal poeta que se explica a sí mismo es un asesino que vuelve al lugar del crimen. Fue un autor para minorías que escribió para nadie. ¿Qué decir del eterno disidente que sufrió finalmente la tragedia de quedar en mayoría? No falta el loco que escribió ininterrumpidamente: sí, con esta palabra, que se refiere a sí misma. Cerca se oyen voces de otros compradores, quienes fusilan honras entre los estantes, fortines de papel:

—Todos los políticos roban.

—X. X. no roba.

—¿Por qué no: se cree mucho?

Cada cosa busca su lugar y, cerca del suelo, en democracia postrera, convive el libro en rústica —Sancho de las letras de edición tan pobre que ni siquiera es dueña de sus actos— con el volumen lujoso que conoció mejores tiempos y que aún se alza como un conde que perdió al póquer su vajilla de plata. Se cuadra un libro tan pesado que, si lo alzase un sargento, cometería un levantamiento militar. Pervive también el libro hecho para el tacto —antes de la traición del *offset*—, impreso en papel amarillo y tibio: la clase de papel cremoso sobre el cual grullas de plomo dejaron mínimas huellas de letras.

De entre todos los libros, los conmovedores son los ejemplares leídos con brusquedad o pasión. Son los desgarrados, los intensos, los de sangre coagulada en tinta; los libros

de una aspereza pálida y sin jugo; los reducidos a fibras secas por la relectura avariciosa. Esta es la legión de los quebrados, pero entre ellos hay también triunfantes pues, a veces, una lectura violenta es la batalla que un libro gana sobre un lector agradecido. Hete aquí *Flores del año mil y pico de ave*, libro del español-gallego Álvaro Cunqueiro: jugó tanto a la magia del idioma, que desapareció: casi nadie lo conoce entre la gente lanzada a las novelas y a las crónicas de la ingrata realidad. Sin embargo, las musas aún se lo sortean y Álvaro se deja querer porque bien sabe que es un premio.

Ahora, el visitante alza la mano; toma *Historias de Tata Mundo* de Fabián Dobles y lee: "Las conversaciones mudas de los cementerios, esas que nadie pronuncia y todo el mundo escucha alrededor de los parientes que lloran". Una sentencia admirable puede justificar un libro, como el martirio final salva al pecador. Aquello es arte, pero ¿y los autores olvidados, quienes publicaron libros que los vencidos por la vida leen como espejos? Por mera precaución, ámese a los fracasados pues debe amarse al prójimo como a uno mismo y viceversa.

¿Este es el tema clásico del *ubi sunt*? ¿A dónde van los nombres que se caen al voltear los calendarios? ¿Dónde están quienes trajeron al mundo tantos libros inútiles, que naufragaron en reventas, asilos confusos donde viven su larga muerte de olvido las obras que nadie amó? ¿Dónde están los autores que ansiaron huir del anonimato, que ya se había habituado tan bien a ellos? Uno fue el escritor aficionado que tenía mucho que decir, pero se encontró con el lenguaje —algo increíble de creer—. Otros escribieron libros que en su primera edición incluyeron la última.

Yacen los libros de un crítico a quien nunca acompañó la simpatía, ni siquiera media cuadra; las obras de un maestro —mejor, de un maestro de obras— quien prueba que, cuando uno hace lo que quiere, uno hace lo que puede; los pobres títulos, de harapienta sencillez, que nunca aparecieron entre los más vendidos (estos parecen una lista de políticos); los libros que no resultaron bien porque nadie es perfecto, pero tampoco hay que ser tan imperfecto. Muchos contienen tonterías que me abstengo de calificar.

Aquellos escritores disfrutaron siempre de alegrías tan pequeñas que se parecieron demasiado a las tristezas. Se ignora por qué, en ciertos escritores, lo primero que se les ocurre no es también lo último. Los artistas están listos para el éxito, ninguno para el fracaso; pero ¿cuál es la obligación de los demás de ver nuestra película, de leer nuestro libro, de escuchar nuestra canción? Ninguna. Publicamos obras porque queremos: nadie nos obliga a hacerlo; nadie nos debe nada; más bien, agradezcamos incluso el tiempo que nos dedicaron los demás antes de decir de nuestra obra: "No me gusta". Al fin, ni los elogios ni las censuras salvan una obra, sino el tiempo: esa insistencia de olas que llaman generaciones.

El filósofo griego Demetrio de Falero, del tiempo ha, es el santo patrón de los burlados por la eternidad que presagiaban. Demetrio escribió muchos libros: de filosofía, de historia, de retórica, de poesía..., pero ninguno ha llegado hasta nosotros pues los traicionaron las esquinas del tiempo (ciertos autores las cruzan sin mirar). La gran ironía con Demetrio es que él fue el inspirador y el primer director de la biblioteca de Alejandría. Por tanto, habrá supuesto que esta lujosa nave de las ciencias y las artes sería suficiente garantía de posteridad para sus docenas de libros. ¡Iluso! Demetrio ignoraba que la Posteridad es como el Estadio Nacional: todos ansían pasar las puertas del Destino, especialmente quienes no tienen boleto; y se arma entonces un tumulto en el que se pierden los méritos, las obras completas y hasta la cartera. Al fin, la incuria y las guerras mataron a la biblioteca de Alejandría (la incuria es la muerte natural de las bibliotecas). Del tenue Demetrio no quedan ya ni su perfil amonedado, ni el ritmo de su voz ni el polvo de sus libros, sino una idea: el gusto de crearles a los libros un hogar; a estos amigos tan callados para que nos hablen de nosotros en su propia casa. Torna a llegar la brisa dialéctica de aquellos visitantes:

—¡Moralizaremos la función pública!

—¿Caiga quien caiga?

—Bueno, así tampoco.

Vamos bien entre los males. En borroso promedio, también se maquillan, con el polvo de la nada, el dramaturgo que recibió el don de lo mediocre (sus obras merecen ser crucificadas en las tablas); el poeta excedente del Parnaso y reencarnación municipal del surrealismo: le quedó grande hasta el manto del olvido; el crítico apodado “lo Perfecto” porque era enemigo de lo bueno; el memorialista resentido y envidioso, quien recordaba con la convicción de que nunca está de más darle otra puñalada al muerto; el entusiasta plomizo y plomazo que con un solo libro —bueno como el pan de ayer— ya había conquistado la sima del éxito (parece mentira que ese libro, tan poca cosa, haya demandado tanto esfuerzo inútil); el autor novel que dejó lo mejor de sí en su primer libro, lo que se notó en el segundo (quienes siempre lo recuerdan, dicen que murió en el olvido); el novelista que se pasó a la poesía (al cambiar de género, cambió de anonimato; pero, claro, sus lectores eran más anónimos, y nadie les dice nada) y el moralista malpensado como el psicoanálisis (su libro es un diván: no para la confesión, sí para el sueño). Después de publicar tales espantos, los acosó el remordimiento, que es solamente el otro yo cuando se ha pasado a la oposición. Es curioso cómo se asemejan los estilos de tantos autores, quizá porque el estilo de una época es una prisión por deudas.

Entre aquellos difuntos, entre tanto texto tonto, deambulan los fantasmas de los inéditos: el perfeccionista que se cansó de corregir lo que no había escrito y el que estaba

en otra parte cuando le cayó la inspiración y pasó su no vida literaria en la angustia de un querer. No falta uno llamado “el Bendito” pues sus libros se vendían de milagro: estaba contento con sus obras, pero su enfermante alegría no fue contagiosa. Un cero a la izquierda de un cero a la izquierda es cierto poeta, trabajador fatigable de un solo verso. Es sencillo olvidar a otro, al dramaturgo a quien la fama no envaneció solo por falta de oportunidad. Nadie recuerda al autor de novelas cortas que eran cuentos largos a los que les sobraban páginas.

¿Qué fue de cierto filósofo, intenso —o intonso— para la metafísica? Postsocrático, pasó de “solo sé que nada sé” a “¿cómo quiere que sepa si no sé?”. Nunca reapareció tras hundirse en profundas reflexiones. ¿Dónde están los libros (que no existen) de la gran promesa autoexiliada que se pasó durmiendo el sueño americano? Todos son héroes del silencio. Mientras dedicaban sus libros a sus amigos, sus amigos no les revelaban que, en realidad, esos libros dedicados estaban dedicados al fracaso. Otros pésimos autores, más presagiantes, ni siquiera terminaron de escribir sus libros, de modo que hasta fracasaron en fracasar.

Se ignora dónde están el provinciano que imprimió versos gracias a tres adelantos de sueldo; el filósofo que perdía sus recibos y nunca pagó la luz del pensamiento; el escritor de peso pluma; el politiqueo vanidoso cuyas memorias debieron titularse *Yo en mi vida*; el aedo cuyo nombre se me escapa y no persigo; el contador público de cuentos —la única fama que lo cambió fue la ajena—; el novelista menos desconocido por su pseudónimo que por su nombre; el en aquel entonces y hoy desconocido que, en vez de perder la memoria, redactó sus memorias (inventó más que Edison); el payador asaz gauchesco, derribado por las boleadoras del olvido; el autor de la obra vacua, soponcial, que, con injusta simetría, juzgamos medio tonta; el poeta *spam*, que regalaba sus desconsiderados libros (merecedores, más que del correo no deseado, del correo indeseable); el chistoso que solamente era agudo al cantar (debería cortarse su vena humorística); el cuentista que, montado sobre su destino, dio rienda suelta al burro de su imaginación; el filósofo de plomo en prosa quien, cuando era espontáneo, estornudaba, y al que le sobró siempre el tiempo de los otros; el ensayista grafómano, hormiga japonesa que nunca aprendió a combatir la disciplina con la haraganería; el polemista de rapidez mental semejante a un balazo por lo plomo y el escritor que prueba que “el estilo es el hombre” —y la falta de estilo también—.

Aún faltan algunos, los autores de libros póstumos quienes, por cierta razón, ya son indiferentes a las críticas. Después de muertos, aprenden que el tiempo es el único crítico que lee todo. Ignoramos qué nos aguarda en el futuro mas, si no hay reencarnación, no nos aguarda ni el futuro. Aparte de la forma, los libros póstumos no tienen fondo, sino más allá. A veces, aunque un autor no sea un fantasma, su libro sí es como para salir



corriendo. Algo parecido: los fantasmas salen en sábanas cuando hay temblores en el cielo. Obviamente, el delirio de grandeza se cura con las reencarnaciones (de haberlas): uno vuelve y vuelve y comprueba que ya nadie se acuerda de uno; o sea, mejor se hubiese quedado protegido en su casa de la otra vida, donde los únicos vientos son los últimos suspiros. La reencarnación es el servicio de mudanzas del espíritu, pero, como suele ocurrir, el camión de la mudanza se equivoca y nos deja tirados los muebles del alma en un cuerpo equivocado. ¡Cuidado con reencarnarse en *dégradé*!

También ingieren aquí —librería-papelón, catálogo sin nombres, cajón desastre— sus sobredosis de nada los autores inéditos (la amenaza de los extraeditables): el crítico que nunca volvió de su empeño de encontrar a la generación perdida; el pensador insignificante o inexistencialista; el filósofo que no era más ignorante solo por falta de información; el decadente que se lo pasó saltando de un degénero literario a otro; el que empezó a redactar su novela del peor modo (demasiadas veces); el que, al escribir comedias, se hacía un drama; el que invirtió treinta años en redactar una sola frase (pero ¡qué frase!), el que ansiaba abandonar su estado natural (de inédito); el ensayista que iba a abordar su tema, pero el bote se le fue antes, y el que no obtuvo adelantos de sueldo gracias a la falta de sueldo (pero el dinero no hace la felicidad de quien no lo tiene). Abrumados por la redundancia, forman la hermandad secreta de los desconocidos. Todos creyeron que existían para escribir, mas hubiesen preguntado antes.

Unos perdedores tuvieron talento y otros no; pero todos fueron de esas personas tan optimistas que dan ganas de explicarles bien las cosas. Ansiaron la posteridad, conquistaron la posterioridad. Fuera de forma, corrieron tras la fama, mas el fracaso los alcanzó luego de perseguirlos un instante. Cada uno podría repetir un dístico de Jorge Luis Borges:

“La meta es el olvido.

Yo he llegado antes”.

Quise recordar a tantos escritores oscuros a la sombra de una tarde. Todos ellos partieron hacia una fiesta, pero se extraviaron: ¿dónde? Son como los que apostaron a la ingenuidad de la justicia (malos son los juegos de azar) y perdieron. Todos son mis colegas, mis hermanos. La lluvia se aligera sobre el techo. El rumor y el estruendo de la lluvia siempre tienen algo que decirnos, pero nunca se animan: deberían escribir un libro. Ahora, el monte de nubes se pone de perfil al Sol y, sobre los árboles, un rayo dorado metaliza a las palomas. Junto a los ríos de la pista, la reventa de libros duerme oscura. Antigua y quieta, es un barco de papel.